

LECCION VII.

OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Continuacion del tercer dia. — Creacion y variedad de los árboles frutales. — Propiedad de los frutos. — Árboles que no dan fruto. — Su utilidad. — Utilidad y magnificencia de los bosques. — Riquezas encerradas en lo interior de la tierra. — Los metales. — El oro. — El hierro. — Cuarto dia. — Creacion del sol. — Su distancia de la tierra. — Su movimiento. — Su salida. — Su luz.

No bastaba á la magnificencia del Criador ni á su bondad para con el hombre que adornasen la tierra un verde césped y flores olorosas y saludables, y una nueva palabra acabó de embellecer la futura morada del rey de la creacion. Dios dijo: *Produce la tierra árbol de fruta que dé fruto segun su género, cuya simiente esté en él mismo sobre la tierra. Y fué hecho así*⁴.

Antes de estas palabras la tierra no era mas que un prado ó una huerta, pero se convirtió entonces de repente en un inmenso vergel plantado de toda clase de árboles, cargados de frutos de mil especies que debian sucederse unos á otros segun las estaciones. ¡Hombres, abrid los ojos, los ojos de vuestro corazon, y veréis tambien en esto la sabiduría y la bondad de vuestro Padre celestial!

1º. *En la creacion y la variedad de los árboles frutales.* ¡Qué manantial de goces en esta prodigiosa variedad de frutos que se suceden naturalmente, ó que se sabe conservar durante todo el año! Entre los árboles frutales hay unos que solo dan fruto en una estacion, y otros en dos estaciones diferentes; finalmente, hay algunos que reunen en conjunto las estaciones y los años mismos, como los naranjos, por ejemplo, que tienen al mismo tiempo flores nacientes, frutos verdes y maduros. Dios lo hizo así por varias razones, y todas en ventaja nuestra; en primer lugar nos enseña mostrándonos la soberana libertad con que puede á su antojo variar las leyes de la naturaleza, y hacer igualmente lo que le place en todo tiempo y en todas las cosas, y en seguida habla á nuestro corazon. Este árbol cuyas ramas están inclinadas hasta el suelo bajo el peso de excelentes frutos, cuyo color y aroma anuncian su sabor, ¿no parece que nos dice con la pompa que despliega á nuestros ojos: Aprended de mí cuánta es la bondad y la magnificencia del Dios que me ha formado para vosotros? No soy tan rico para él ni para mí; él no necesita de nada, y yo no

⁴ Genes. 1, 12.

podria hacer uso de lo que me ha dado. Bendecidle, y aliviad mi peso. Dadle las gracias, y ya que me ha hecho el ministro de vuestras delicias, sedlo de mi reconocimiento.

¿No os parece oír por todos lados las mismas invitaciones? Á cada paso se encuentra una nueva especie. ¡Ved, pues, hombres, cómo se ha mostrado la Sabiduría divina en la formacion de las criaturas! Ya en la nuez el fruto está oculto dentro, ya en el albérchigo la pepita es interior, en tanto que una carne delicada brilla por fuera con los mas vivos colores. Todas las voces de las criaturas que piden orando nuestro reconocimiento, nos echan tambien en cara nuestra ingratitud. Los Santos entendian este doble lenguaje, y vosotros lo entenderéis tambien. Se cuenta que un venerable solitario al ver las yerbas, las flores y los arbustos que encontraba á su paso, los tocaba suavemente con su baston diciendo: Callad, callad, ya lo entiendo, me echais en cara mi ingratitud. Callad, callad; yo amo y bendigo ahora al que os crió para mí.

2º. *En sus relaciones con los climas y las estaciones.* — Todos los árboles que á la palabra del Criador aparecen en un solo dia y en un mismo país para enseñar y agradar á Adán que muy pronto debia sucederles, están destinados para lugares diferentes. Los frutos ácidos serán mas comunes en los países cálidos donde son mas necesarios, como los limones, por ejemplo; y los frutos de un sabor mas dulce y variado serán mas abundantes donde el calor sea mas templado, como las manzanas, las peras, etc. Lo mismo sucede con los demás frutos que nos dan los arbustos y las plantas; todos están en una armonía completa con los climas y las estaciones. ¿Por qué vienen á ofrecérsenos durante el calor del estío y del otoño? ¡Ah! porque nuestra sangre enardecida por el sol ó el trabajo necesita refrescos. Ved, pues, si no somos, permitidme la expresion, los hijos mimados de nuestro Padre celestial.

Desde el mes de junio nos provee, sin que nos cueste trabajo, frambuesas, grosellas y cerezas.

El mes de julio llena nuestra mesa de cerezas, albérchigos, albericoques y algunas especies de peras.

El mes de agosto aun mas que dar parece que prodiga sus frutos; como son los higos, las cerezas tardanas y una multitud de excelentes peras.

El mes de setiembre nos provee ya de algunas uvas, de peras de invierno y de manzanas.

Los presentes del mes de octubre son de diversas especies de peras, manzanas, y el delicioso fruto de la vid.

Tal es la sábia economía con que este buen Padre nos reparte sus dones, impidiendo por una parte que nos sea gravosa la excesiva abundancia, y proporcionándonos por otra una larga variedad de goces.

Y Dios ha multiplicado tan prodigiosamente sus frutos no tan solo para servir al lujo de los ricos, sino tambien para satisfacer las necesidades de los pobres; porque se necesitarian muchos menos si únicamente se tratase de conservar y propagar los árboles. Es, pues, evidente que el Criador ha querido atender al mantenimiento de los hombres, y en especial al de los pobres, dándoles en los frutos un medio de subsistencia poco costoso, nutritivo, saludable, y tan grato, que no tengan motivo para envidiar á los ricos sus manjares exquisitos y tan frecuentemente nocivos.

3°. *En los árboles que no dan fruto.* Advertimos tambien respecto de los árboles frutales una atencion de nuestro Padre celestial. Estos árboles no se elevan nunca á grande altura. El fin de la Providencia es evidente: ¿cómo haríamos si fuera preciso coger las manzanas ó los albrichigos en árboles tan elevados como los pinos ó los álamos? La palabra creadora solo habla de árboles frutales, porque en efecto todos los árboles dan fruto; pero no llamamos árboles frutales mas que á aquellos cuyos frutos sirven para nuestro sustento. Los demás tienen igualmente sus ventajas; en primer lugar sus frutos son el alimento de una multitud de aves y de insectos útiles al hombre; la medicina saca de ellos medicamentos, las artes colores, y además ¡para cuántos usos no sirve su madera!

La encina, cuyo crecimiento es tan lento y que no se cubre de hojas hasta cuando ya los demás árboles las ostentan, proporciona la madera mas sólida, y el arte sabe emplearla en una multitud de obras de carpintería y escultura, que parecen desafiar la accion del tiempo. La madera mas ligera sirve para otros usos, y como es mas abundante y crece mas pronto, es tambien de una utilidad mas general. Á la madera de los árboles debemos nuestras naves, nuestras casas, el fuego de nuestros hogares, y mil muebles y utensilios necesarios y cómodos, y ella contiene la principal materia ó alimento mas natural del fuego, sin el cual no podríamos preparar nuestros alimentos mas comunes, fabricar las cosas mas necesarias ni conservar nuestra salud.

No hay duda que el sol es el alma de la naturaleza, y que comunica á todo la vida y la accion; pero no somos dueños de separar para nuestro uso una parte de su fuego, y cocer con él nuestros manjares, y fundir y labrar nuestros metales. La madera suple al sol en la mayor parte de estas operaciones, y con mayor ó menor cantidad da al hombre todos los grados de calor ó de llama.

Los árboles son tambien predicadores elocuentes de la sabiduría y bondad del Criador. Los que están llenos de resina y de pez se reservan para las montañas cubiertas por mucho tiempo de nieve, como los pinos y los abetos; el humor cálido y viscoso que les sirve de savia los defiende del rigor del frio, y conservando constantemente

su verdor, son un signo de la inmortalidad, lo mismo que los demás que se despojan durante el invierno, para volver á vestirse en la primavera, son una imágen de la resurreccion.

Y no es esto todo: en tanto que Dios hace suceder para la mayor parte de las plantas y de los árboles el reposo del invierno al trabajo de las otras tres estaciones, al conservar las hojas al enebro, al acebo y al roble verde, hace ver que no está sujeto á ninguna ley ni á ninguna necesidad. Pero no se sirve de su libertad por capricho, pues arregla su uso segun la utilidad del hombre, su hijo querido, á quien tiene en cuenta en todas sus cosas. Á no ser por la verdura de ciertos arbustos, ¿cuál hubiera sido el recurso del conejo, del ciervo, del corzo y de tantos otros animales de que hace uso el hombre sin tomarse ningun cuidado?

4°. *En los bosques.* Lo primero que debe llamar nuestra atencion es su magnificencia. ¡Qué diferencia entre esos altos troncos que se lanzan al aire como para llevar hasta las nubes la gloria del Criador, y esas pequeñas plantas que cultivamos en nuestras llanuras! Los bosques son los jardines del Criador; pero ¡qué diferencia entre estos jardines y los nuestros! Los nuestros son espaciosos cuando contienen algunas fanegadas de terreno; aquellos cubren países enteros, y sus producciones son innumerables y de una magnitud desmesurada, hallándose no obstante todos los troncos á una distancia de algunos piés. ¿Quién ha podido emprender y llevar á cima tan perfectamente toda esta obra? ¿Qué jardinero ha tenido cuidado de plantar esa multitud de árboles? ¿Quién ha tenido suficiente fuerza y habilidad para hacer que crecieran y para regarlos? Dios: él se reservó para sí los árboles y los bosques, y aunque da de este modo el ser y el desarrollo á todas las demás plantas, los bosques son propiamente sus verjeles. Él solo los plantó, los conserva y les da firmeza por medio de robustos lazos, y los sostiene en la duracion de muchos siglos contra los esfuerzos de los vientos y de las tempestades. Él solo saca de sus tesoros rocíos y lluvias suficientes para darles todos los años un nuevo verdor y mantener en ellos una especie de inmortalidad.

La Sabiduría divina ha repartido los bosques sobre la tierra con mas ó menos economía y abundancia, pero en todas partes con justa proporcion. Ellos purifican el aire; nos proporcionan fresca sombra; embellecen la naturaleza, esparciendo en ella una grata variedad; dan albergue y mantienen á una multitud de animales útiles á nuestra existencia, pues Dios ha preparado á la mayor parte de ellos un retiro seguro en los bosques, donde los provee abundantemente de todo, siendo él solo el que los viste, los alimenta y los alberga. Da á unos la fuerza, y á otros la astucia; á este la ligereza, á aquel el furor, para sacar al hombre de la indolencia privándole de la seguridad, y en todas partes reconocemos la sabiduría y la bondad del que lo ha

hecho todo para nuestras necesidades y hasta para nuestros goces.

Si las riquezas que cubren la superficie de la tierra excitan con razon nuestra admiracion y nuestra gratitud, ¿qué sentimientos no debemos experimentar al saber que las entrañas de la tierra encierran tambien riquezas tan numerosas y variadas? Necesitaríamos volúmenes enteros para enumerarlas, y veríamos sucesivamente el diamante, las piedras preciosas, los mármoles, las piedras de construccion y los metales. Digamos tan solo una palabra sobre estos últimos; que siendo de utilidad mas general, deben llamar particularmente vuestra atencion y excitar vuestras acciones de gracias.

1º. *El oro.* El oro es el rey de los metales, y no lo preferimos á todos los demás por capricho ó por prevencion, pues la idea ventajosa que de él tenemos está fundada sobre su mérito real. Si no es el mas compacto y pesado de todos los metales, tiene sin contradiccion el mas hermoso color, el que mas se acerca á la vivacidad del fuego, es el mas dúctil y el que mas fácilmente se presta á cuanto de él quiera hacerse; de una barra de este metal de dos piés de longitud y tres pulgadas de anchura se podria sacar un hilo que ocuparia casi toda la distancia que hay entre París y Lyon; no mancha como los demás metales las manos que lo elaboran; basta que deje la mas leve porcion de su sustancia, y una simple huella de su paso sobre un paraje, para impregnarlo de su brillo, y embellece todo lo que toca. Á todas estas grandes cualidades se añade otra que lo eleva sobre todos los demás metales; la de no poder ser destruido por el orin, y la de no disminuir de peso al pasar por el fuego. No causa sorpresa el que los hombres se hayan convenido en elegir una materia tan perfecta y constante en su estado para pagar y recompensar lo que quisieran adquirir; y hasta la misma escasez de este metal contribuye á que nos contentemos con recibir una cortísima cantidad por un gran número de mercancías. ¿Qué utilidad, qué facilidad para el comercio! ¿Hemos pensado jamás en dar gracias al que nos lo ha regalado?

Tal es la principal utilidad del oro; examinemos las demás. Este metal es un manantial de bellezas y de ricos adornos en manos de una multitud de obreros, cuya industria causa tanta admiracion como la materia que elaboran: los plateros hacen con él mil especies de obras, de las cuales unas por su escaso peso están al alcance de la fortuna de los particulares, y otras por su magnificencia son mas propias de la majestad de los templos y de la opulencia de los monarcas; los diamantistas realzan el brillo de las pedrerías que perderian casi todas sus gracias sin este acompañamiento; los bordadores lo unen hábilmente con la seda y la lana, ya haciéndolo brillar solo sobre una tela lisa, ya haciéndolo entrar con los mas vivos colores en los variados dibujos, que unas veces tienen la ligereza y el color de las flores, otras toda la flexibilidad de un ramaje que juguetea con el viento, y

algunas veces todo el fuego y la expresion de la pintura; los doradores, en fin, saben aplicarlo sobre los metales y embellecer con él las maderas, los artesonados de los aposentos, las paredes de los palacios y las bóvedas de los grandes templos.

2º. *El hierro.* El oro es, pues, indudablemente el mas perfecto de los metales, y aunque todos los demás tienen propiedades que los hacen igualmente dignos de aprecio, el mas útil en realidad es el mas vil, el mas basto, el mas lleno de ligas, el mas lúgubre por su color, el mas expuesto á afearse con el orin, en una palabra: el hierro. Tiene una cualidad que basta para realzarlo en alguna manera sobre todos los anteriores; es el mas tenaz. Si se le temple estando caliente en agua fria adquiere un aumento de dureza que presta servicios seguros y permanentes, y merced á esta dureza que resiste á los mayores esfuerzos, es el defensor de nuestras moradas y el depositario de cuanto nos es mas caro. Uniendo inseparablemente las maderas y las piedras, pone nuestras personas al abrigo de los insultos de los vientos y de las asechanzas de los ladrones, y las pedrerías y el oro mismo están por él en seguridad como bajo la custodia del fuego. El hierro proporciona á la navegacion, á la relojería y á todas las artes los instrumentos que necesitan para derribar, fortalecer, abrir, cortar, limar, embellecer, y producir, en una palabra, todas las comodidades de la vida. En vano poseeríamos el oro, la plata y los demás metales, si nos faltara el hierro para elaborarlos, pues cedен otros contra otros, y únicamente el hierro los maneja imperiosamente y los sujeta sin debilitarse. Por eso el Dios criador representó en la sucesion de los siglos, bajo la figura de un animal armado de dientes de hierro, al imperio romano que debia derrocar y pulverizar todos los demás imperios. No hay uno solo de esa multitud innumerable de alimentos, de muebles y de máquinas, que todos los días y á cada instante nos ofrecen sus servicios, que no deba al hierro la forma que ha tomado para servirnos. Podemos hacer desde ahora el justo discernimiento del mérito del hierro con el de los demás metales. Estos son para nosotros de una extrema comodidad; pero únicamente el hierro nos es de exacta necesidad.

Al leer la historia del descubrimiento de América hemos juzgado tal vez de sencillos á los salvajes que daban á sus conquistadores una gran cantidad de oro por una podadera, una azada ú otro cualquier instrumento de hierro; pero podemos convencernos ahora que pensaban con criterio, porque el hierro les prestaba servicios que no les era posible sacar del oro.

Es pues cierto, Dios mio, que el hombre no puede dirigir los ojos hácia lo alto, ni dar un paso sobre la tierra, ni ahondar bajo sus piés sin que encuentre por todas partes riquezas tan solo para él allí colocadas; y que puede ver por todas partes que es objeto de una tierna

complacencia que ha previsto todas sus necesidades, que ha puesto por do quiera materias con que ocupar sus manos, ejercer su industria y cautivar su corazón. ¿Podría ser ingrato en medio de tantos cuidados y beneficios?

Pero esta complacencia, tan claramente manifiesta en las excelentes cualidades de los metales que la Providencia ha depositado para nosotros en el seno de la tierra, aparece mas evidente aun en la justa proporcion que ha puesto entre la cantidad de estos metales y la medida de nuestras necesidades. Si se hubiera encargado á un hombre la creacion de los metales y de hacer su provision para el género humano, seguramente que hubiese esparcido mas oro que hierro, creyendo dar lustre á su liberalidad dando con reserva el metal mas despreciable, y prodigando con nobleza los metales que admiramos. Dios ha hecho todo lo contrario: como el mérito y la gran comodidad del oro provienen de su escasez, Dios nos lo ha dado con economía, y este ahorro, de que se queja la ingratitud, es un nuevo presente. El hierro, por el contrario, entra generalmente en todas las necesidades de nuestra vida, y lo ha puesto en todas partes á nuestro alcance para que podamos proveernos de este metal sin trabajo. Así pues, no hay ostentacion alguna en los dones de tan buen Padre, y el carácter de su liberalidad consiste en estudiar, no lo que puede dar un vano honor á la mano que da, sino lo que es sólidamente ventajoso para el que recibe. ¡Leccion preciosa para nosotros y nuevo motivo de gratitud!

Pasemos al cuarto dia de la gran semana; hé aquí otras maravillas.

El dia cuarto Dios dijo: *Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el dia, y la noche, y sean para señales, y tiempos, y dias, y años.*

Para que luzcan en el firmamento del cielo, y alumbren la tierra. Y fué hecho así.

É hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al dia, y la lumbrera menor para que presidiese á la noche; y las estrellas¹.

¹ Se ve por estas palabras que Dios sujetó en este instante al sol á iluminar constantemente la tierra. Las obras del tercero y del quinto dia nos dan á entender por qué nuestro planeta, que por efecto de enviar rayos de luz habia perdido una gran parte de la primitiva, producida en el principio de los siglos tenia necesidad de un nuevo manantial. Este manantial, tan necesario á los vegetales que lo embellecian ya, como á los animales que iba á recibir, debia ser constante como las necesidades que lo exigian. — Se ve que Moisés habla de los grandes cuerpos luminosos celestes únicamente respecto á su importancia relativa á la tierra y al hombre que muy pronto debia habitarla, y no respecto á su importancia real en el sistema general del universo, lo cual lo prueba el que apenas menciona las estrellas. Las nombra en algunas palabras, como de paso y en cierto modo para anunciar que fueron espar-

Y las puso en el firmamento del cielo para que luciesen sobre la tierra; Y para que presidiesen al dia y á la noche, y separasen la luz y las tinieblas.

Y vió Dios que era bueno.

Y fué la tarde y la mañana el cuarto dia¹.

Un nuevo espectáculo va á aparecer á esta cuarta palabra: recojámonos y contemplemos en el silencio de la admiracion y del amor las maravillas que van á ofrecerse á nuestras miradas, y la sabiduría profunda del Criador, cuyos monumentos son siempre antiguos y siempre nuevos.

4º. *Creacion del sol.* Existia ya la luz; estaba arreglada la sucesion de los dias y de las noches; la tierra era fértil, y estaba formado todo lo que debia producir; estaba coronada de flores y cargada de frutos, y cada árbol y cada planta tenia no solo su perfeccion presente, sino tambien todo lo que era necesario para perpetuarse ó multiplicarse. ¿Cuál será, pues, el uso del sol despues de estar hecho ya todo lo que atribuimos á su virtud? ¿Qué viene á hacer al mundo, mas antiguo que él, y que se pasaba sin él? ¿De qué será padre? ¿Y por qué ceguedad extraña le consideran los hombres como el principio de todo lo que le ha precedido?

Es visible, y es una observacion cuya prueba se repite con frecuencia, que el mundo fué criado con la atencion particular de precaver los errores de las naciones, y por consiguiente con la suposicion de la caída del hombre, de cuyas consecuencias fué la mas funesta la idolatría. La mas antigua y mas general es la que tuvo por objetos la luna y el sol. Dios, que preveia este culpable extravío, quiso que la familia de Adán y despues la de Noé, por la historia misma de la creacion, no mirasen al sol mas que como un recién venido al mundo, menos antiguo que la luz, mas jóven que una flor, y menos necesario que ninguno de los efectos que se le atribuyen.

Actualmente, que ha pasado el peligro de la idolatría, y que la ingratitud es casi general (porque la primera tentacion del hombre era de adorarlo todo, y la última de que estamos amenazados es de no adorar nada), no tememos mirar con demasiada atencion el sol, por medio del cual el Criador ha querido hacerse visible².

2º. *Su distancia de la tierra.* Si Dios colocó el sol en el firmamento, fué en ventaja de la tierra, midiendo la distancia del uno segun las

cidas por los cielos por el mismo poder que habia colocado en ellos la luna y el sol, cuerpos luminosos mucho mas importantes y necesarios para nosotros que ese ejército innumerable de cuerpos celestes, cuyo volumen excede quizás de mucho al de nuestro sol. (*Cosmogonia*, pág. 116, 117.)

¹ Genes. 1, 14-19.

² *Análisis del Hexaem.* de san Ambrosio, lib. III, c. 6, n. 27; lib II, c. 1, n. 2, 3, 4, etc.

necesidades de la otra, y poniendo tal proporcion entre el calor del sol y las cosas que debe hacer nacer ó conservar, que siempre les es saludable. Mayor alejamiento dejaria helada la tierra, y si fuera menor, la abrasaria. ¡ Ved en esto la incomprendible precision de los cálculos del celeste Matemático! Se trataba de iluminar y calentar un globo de nueve mil leguas de circunferencia, pero no quiere mas que un solo foco. ¿ Cuál será, pues, el grosor de este globo de fuego? ¿ á qué distancia deberá colocarse? Dijo: y hé aquí que es lanzado al espacio un globo de fuego *un millon ciento treinta mil veces* mayor que la tierra. Pero como los rayos de fuego que salen de un globo de llamas un millon de veces mayor que la tierra deben tener una actividad inconcebible, mientras estén unidos entre sí y obren de concierto, se trataba de dividirlos para que al llegar hasta la tierra no tuviese mas luz y calor de lo que convenia. Los rayos de un cuerpo se separan á medida que se alejan del centro que los envia. ¿ Á qué distancia deberá situarse la tierra para que al llegar á su superficie estos rayos estén suficientemente divididos para iluminarla sin deslumbrarla, y calentarla sin abrasarla? ¿ Qué creéis vosotros? Si este problema se hubiera propuesto á nuestros astrónomos, ¿ no estaria aun por resolver? Pero Dios, infalible en todas sus operaciones, dijo, y el sol se colocó á *treinta y ocho millones* de leguas de la tierra. Y seis mil años de experiencia demuestran la infinita exactitud de su cálculo.

3°. *Su movimiento.* Siendo la tierra redonda, si el sol estuviera inmóvil en medio del cielo, solo calentaria é iluminaria la mitad de nuestro globo. Era preciso, pues, que este gran luminar estuviese continuamente en marcha en torno de la tierra, ó que dando esta vueltas presentase á sus rayos todas las partes de su globo. No lo olvidó el divino Ordenador del mundo, y dijo al sol que apareciese todos los dias, é iluminase sucesivamente durante veinte y cuatro horas todos los puntos de la tierra⁴. Y hace ya sesenta siglos que, obediente el sol, asoma sin faltar un solo dia, y sigue su camino sin separarse una línea de la senda que se le trazara. ¡ Mirad con qué pompa y profusion de luz empieza su carrera, con qué color hermosea la naturaleza, y qué magnificencia ostenta él mismo! Como el jóven esposo que sale de la cámara nupcial para aparecer en el dia mas solemne de su vida, asoma el sol por el horizonte cual el esposo que esperan el cielo y la tierra y forma sus delicias. En este primer instante su brillo rebosa de suavidad, todo aplaude su llegada, todas las miradas se dirigen hácia él, y para recibir los primeros saludos, se hace accesible á todos los ojos.

Pero tiene orden de esparcir por todas partes el calor, la luz y la

⁴ Ya se ve que no decidimos la gran cuestion astronómica sobre el movimiento ó el reposo del sol; hablamos segun nos dictan los sentidos.

vida, y ved por consiguiente cuál une la majestad y gracia de un esposo á la rápida carrera de un gigante! Y corre, y se apresura, pensando menos en agradar que en llevar por todas partes la nueva del Príncipe que le envia, é infinitamente menos ocupado de su adorno que de su deber. Recorriendo ocho millones de leguas por hora, lanza mas rayos á medida que asciende, y vivifica cuanto alumbra; nada puede escapar á su luz ni pasarse de su calor, y alcanza con sus llamas penetrantes hasta los parajes donde no pueden llegar sus rayos.

Imágen natural y perfecta del que vino á iluminar el universo y que desempeñó tan dignamente las dos cualidades de esposo y de enviado. Salió del seno de su Padre lleno de ardor para correr como un gigante en su carrera, y como el sol, volvió al punto de donde habia salido despues de haber pasado esparciendo el bien como este hermoso astro.

4°. *Su salida.* Si el sol recorriera todos los dias el mismo camino, seria inhabitable la mayor parte de la tierra, ya por las tinieblas que reinarian continuamente, ya por el calor abrasador, ya por el frio excesivo. Por otra parte, la marcha uniforme del sol nos descubriria solo imperfectamente la sabiduría de Dios y su atencion en dirigir el universo. Pero no sucede así; ningun dia, exactamente hablando, es igual al que le precedió, ni al que le sigue; luego es preciso que todos los dias salga y se oculte el sol por diferentes puntos. Por esto, segun expresion del Profeta, un dia lleva al que le sigue un nuevo mandato, y la noche traza á la venidera en qué momento ha de principiar y acabar precisamente; y la naturaleza en suspension sabe á cada instante, del que la dirige, lo que debe hacer y hasta dónde ha de ir.

¡ Qué maravillas! ¿ Quién ha dicho al sol: No empieces mañana el dia donde lo has empezado hoy, y no lo acabes hoy donde lo empezaste ayer? ¿ Quién le ha medido el espacio entre dos mañanas para que no pase de esta medida? ¿ Quién le ha mandado retroceder cuando ha llegado á ciertos límites, y le ha prohibido que pase mas allá, cuando ha llegado al punto opuesto? Así nos cuentan los cielos todos los dias y á cada instante la gloria de su Autor. Y su lengua no es bárbara ni extraña, porque la voz de los cielos es para nosotros familiar é inteligible; es robusta, brillante, incansable; pasa del cielo á la tierra, y es llevada de un extremo á otro del mundo; la entiende el Griego lo mismo que el Bárbaro, el Escita como el Indio, y el cristiano como el idólatra, y enseñan al universo entero tan elocuentes predicadores.

5°. *Su luz.* Parece que Dios ha tenido cuidado de reunir en este hermoso astro todos los rasgos propios para pintarnos la perfeccion de la Divinidad. El sol es único como Dios; todo cuanto existe de mas rico y hermoso queda oscurecido y desaparece en su presencia, y él lo ve todo, obra por todas partes, lo anima todo, y es siempre el

mismo. ¿No os asombra que despues de tantos siglos en nada se haya disminuido el sol, que su luz sea siempre tan viva y abundante, y que la tierra esté tan bien alumbrada como el primer día? Si nos hubieran consultado antes de la creacion del sol sobre el medio de iluminar el mundo, ¿cuántas antorchas no hubiésemos creído necesarias? ¿Quién de nosotros hubiese imaginado que bastaba una sola para la naturaleza; que colocada esta única antorcha á cierta distancia, lo alumbraria todo de una sola ojeada; que caminaria del oriente al ocaso sin guia visible, sin apoyo, sin carro, sin máquina, y que despues de un gran número de siglos sería tan brillante y tan perfecta como el primer día?

Comprendamos ahora lo que debemos, no al sol, sino al que lo crió y lo hace aparecer todos los días, lo mismo para los malos que para los buenos; y como dignos hijos de nuestro Padre celestial, amemos sin distincion á todos nuestros hermanos.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy las gracias por habernos prodigado todas las riquezas de la tierra y del cielo. ¿Cómo podré manifestaros mi admiracion y mi reconocimiento? Por tantos beneficios me pedís el corazon; yo os lo doy todo entero y para siempre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no faltaré jamás á mis oraciones antes y despues de mis comidas.*

LECCION VIII.

OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Continuacion del cuarto día. — La luna. — Su belleza. — Su utilidad. — Las estrellas. — Su número. — Su movimiento. — Su utilidad. — Beneficios de la noche. — La instruccion. — El reposo. — El sueño. — La conservacion de nuestra vida. — Último encargo del sol y la luna. — La primavera. — El verano. — El otoño. — El invierno.

1º. *Belleza de la luna.* La misma palabra que crió el sol y suspendió en el firmamento este inmenso globo de fuego para presidir el día, hizo tambien la luna y los millares de estrellas que forman su cortejo. La luna fué encargada de presidir la noche como una reina bienhechora y suave, es decir, de minorar con su amable claridad las negras tinieblas. La noche es el momento de su triunfo; arranca de la oscuridad los objetos mas cercanos de nosotros, y los baña con un colorido que trueca agradablemente toda su apariencia. La misma luna es uno de los mas bellos objetos de la naturaleza: recrea los ojos con la suavidad de su resplandor, y varía la escena cambiando siempre de figura; recibe todos los días como el sol el mandato del soberano Señor, que le indica el punto por donde ha de salir ó desaparecer, y todos los días retarda de occidente á oriente el punto y momento de su salida; ya se cubre con un manto ceniciento y casi todo bordado de un sencillo hilo de oro, ya se adorna con un vestido de púrpura y asciende al horizonte con una estatura mucho mayor que de ordinario; disminuye en seguida y se blanquea al remontarse; brilla mas y presta un servicio mas útil á medida que el día desaparece, y ora se muestre parcialmente, ora con todo su disco, esparce por do quiera nuevos adornos en la naturaleza. Vedla en sus amables caprichos, saliendo repentinamente de entre las nubes, sorprendiéndonos agradablemente con la claridad de su rostro, y cubriéndose despues con un velo diáfano y dejándose buscar; ya lanza sus rayos al través de algunos espesos ramajes, ya se adorna con una corona de diferentes colores que le prestan las nubes.

El sol se acerca empero á nuestro horizonte, y la luna le cede su imperio, desapareciendo para volver á aparecer. ¿Cuál es en la naturaleza el agente encargado de encender esta lámpara y de traérsela á intervalos tan iguales?

2º. *Su utilidad.* ¡Hombres! ¿hasta cuándo tendréis ojos para no ver, y hasta cuándo especialmente tendréis un corazon para no amar?